

El dominio del lobo:
estado, violencia
y poder*
/ The dominion
of Wolf: State,
Violence and Power

*Hernández de Gante, Alicia, *Estados fallidos, violencia y poder*, México, Gernika, 2011, Colección Ciencias Políticas, 350 pp.
Tla-Melaua, REVISTA DE CIENCIAS SOCIALES, Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, México / ISSN: 1870-6916 / Nueva Época, Año 7 N° 34, Abril — Septiembre 2013, pp. 196-200.

El tema del libro resulta oportuno por la violencia sin control que vive México debido a la crisis del sistema de seguridad pública y al surgimiento de los grupos de autodefensa que emergen en diversas regiones del país ante la incapacidad del Estado mexicano para proteger a sus pobladores. Si el Estado moderno surge para evitar que el hombre se convierta en el lobo del propio hombre, los indicios que estamos observando con el desdibujamiento de los más elementales principios del Estado obligan a reflexionar desde una perspectiva hobbesiana. Resulta que los instintos del lobo no se diluyeron en el contrato social —sustento del Estado—, sino que el lobo se instaló en las alturas, infiltró al Estado. Con esta frontera difusa, de pugnas pero también de intercambios entre delincuentes y gobernantes, ese lobo ha mostrado su carácter depredador no sólo de abajo hacia arriba sino al interior del mismo aparato estatal. La pregunta que surge ahora es la magnitud de la falla del Estado mexicano en el cumplimiento constitucional de sus funciones sustantivas, anticipando, de entrada, que la noción de Estado fallido es mucho más compleja.

La denominación de Estados fallidos sólo tiene sentido en el seno de la comunidad mundial en el contexto de las relaciones entre Estados en términos de relaciones de poder que, a decir de Wallerstein, sería dentro del sistema-mundo y, de acuerdo con la autora, particularmente en su relación con el gran capital. Una de las claves de la lectura es la concepción del capital como un entramado de relaciones sociales, como una de las variables centrales de los teóricos de la escuela del pensamiento crítico y que lleva a la pregunta, ¿Estados fallidos para quién y en función de qué? Una respuesta tentativa radica en la operación del sistema capitalista en su conjunto, considerando que los Estados fuertes y los Estados débiles son parte de una totalidad con desequilibrios y desigualdades necesarios para la dominación económica y política, mostrando que las contradicciones no son un defecto del sistema sino su característica más importante. Los Estados fallidos emergen, entonces, como “mal necesario” dentro del sistema económico.

Otra de las claves del texto estriba en la reconstrucción histórica del Estado, a contracorriente de otras interpretaciones, que implica un salto epistemológico del sujeto para comprenderse como sujeto histórico. Documenta que el Estado moderno surgió como una estructura de poder por excelencia para justificar, al inicio, el poder de los reyes y, posteriormente, el

* Profesor Investigador en el Instituto de Investigaciones Sociológicas de la Universidad Autónoma “Benito Juárez” de Oaxaca, México. (ecbm00@gmail.com)

poder de la burguesía para proteger al capitalismo incipiente, constituyéndose de este modo en la forma política del capital que, bajo el contractualismo, debía proteger de la violencia a sus ciudadanos. El Estado capitalista nace escindido en la esfera pública y en la privada, es decir, en lo político y en lo económico donde “las relaciones sociales son mediadas por el capital, no sólo entre los individuos sino con el Estado nacional soberano. Equivale a la clara separación de funciones y objetivos que persigue, por un lado, la sociedad civil y, por otro, el Estado”.¹

Cabe apuntar que la producción del conocimiento en el Estado capitalista se genera a través de las separaciones y especializaciones disciplinarias, es decir, de la escisión de saberes como si los ámbitos de organización fueran compartimientos estancos, en donde la política y la economía siguen rutas separadas, mismas que han llevado a pensar que los asuntos de la democracia y los de la desigualdad económica van por caminos distintos, sugiriendo interpretaciones sesgadas en el sentido de que podemos ser democráticos aunque seamos desiguales. Esto puede resultar provocador para quienes se formaron en las ciencias políticas separadas de las ciencias económicas, o viceversa, pero afortunadamente la autora ofrece una multiplicidad de conexiones para una perspectiva interdisciplinaria. Las escisiones como recursos del pensamiento tendrían que observarse como una estrategia del poder para ocultar las contradicciones del modelo y el papel del sistema de Estados. Nos podemos referir a las democracias en los Estados fuertes y a la falta de democracia en los Estados débiles, sin considerar la variable de la desigualdad y el dominio político y económico de los primeros sobre los segundos. Por ello más adelante la doctora Hernández de Gante afirma que “algunos de los condicionantes infalibles de lo que se ha denominado Estados fallidos, estriban en que se presentan en escenarios de Estados capitalistas en crisis, con graves implicaciones en su gobernabilidad”.²

En términos teóricos, considero que una de las claves más pertinentes para la identificación de los Estados fallidos abreva del marxismo como un análisis crítico al sistema capitalista, rebasando desde esta perspectiva las escisiones artificiales, ya que “una de las características de los Estados en crisis se refleja cuando un determinado Estado o grupos de Estados no cumplen con sus compromisos aportando a la riqueza acumulada su propia cuota”, es decir, cuando resulta disfuncional para el sistema capitalista y rompe la cadena de producción no generando ni permitiendo a los Estados poderosos obtener sus beneficios. Estos hechos pueden ser catastróficos si consideramos que uno de los objetivos del capitalismo es su expansión. Desde mi punto de vista, los denominados Estados fallidos no son anomalías del sistema

¹ Hernández de Gante, Alicia, *op. cit.*, p. 39.

² *Ibidem*, p. 88.

sino características naturales de su propio desarrollo. La acumulación y la concentración van asociadas al despojo, la explotación y el dominio de los débiles, con la colaboración o, más bien dicho, con la subordinación de los Estados a los poderes fácticos del capital.

La perspectiva de análisis del texto es dialéctica, remite a una totalidad compleja en constantes transformaciones que obligan a repensar la noción de crisis asociadas comúnmente a una etapa final. Así, en términos de Gramsci, las crisis seculares son crisis de formaciones sociales y de un “bloque histórico”, cuya función es “revolucionar” dicha estructura, de tal modo que el proceso de acumulación pueda de nuevo continuar sobre una base social. Por otra parte, pensando en la noción de larga duración de Braudel, la crisis no es la fase terminal del sistema, sino la oportunidad de sus ajustes y reorganización, así como de la renovación de sus mecanismos de dominio. La autora propone, después de una aguda revisión teórica (característica de todo el libro), la idea de crisis a partir de un concepto abierto, es decir, el capitalismo en crisis no es necesariamente autopoietico, dado que también puede colapsar.

La concepción de Estado fallido según el contexto global permite comprender la política de guerra de los Estados fuertes, que está llevando al planeta a la destrucción total, resultado de las acciones de los hombres contra los hombres y de los hombres contra la naturaleza. El hombre como el depredador de su propio hábitat cuyos efectos los observamos en el calentamiento global y el desastre medioambiental propiciado por la sobreexplotación de la naturaleza convertida en mercancía. Ante esta tendencia, ¿cómo queda el Estado? Hernández de Gante refiere la falta de capacidad y voluntad para proteger a sus ciudadanos de la violencia y tal vez incluso de la destrucción a través de la imposición de un modelo económico orientado a la explotación de las mayorías y el beneficio de minorías, apegado en engañosa apariencia a la fuerza de la ley y al estado de derecho. Yo agregaría que no se trata solamente de la falta de voluntad del Estado, sino del Estado como promotor y ejecutor de la violencia. Un ejemplo inmediato es la experiencia en México que dejó un saldo de más de 80 mil muertos por la “guerra contra el crimen organizado”, polémicas acciones que demostraron ineptitud, corrupción y crisis de seguridad que se exhibe a lo largo y ancho del territorio mexicano con fuertes claroscuros en la política exterior por el tráfico de armas entre el México y Estados Unidos.

En este sentido se puede comprender que las formas dominantes del capitalismo son violentas en su estructura. Poder, Estado y soberanía constituyen una tríada que tiene su razón de ser en los despliegues de poderío político, económico y militar de los conflictos que no solamente siguen presentes, sino que adquieren mayor fuerza. La política misma se concibe en términos de polarización, en el amigo-enemigo de Schmitt, en donde

la política se orienta a la eliminación del otro. El enemigo es el enemigo público que hay que eliminar. Si no hay enemigo público hay que inventarlo, sobre todo después del fatídico 11-S de 2001 en Estados Unidos. Si el viejo enemigo fue liquidado al finalizar la Guerra Fría, el nuevo enemigo se enmascaró en el terrorismo.

En este modelo económico neoliberal, la militarización está ligada al progreso, por lo que resulta inconcebible percibir a una potencia mundial sin el sustento y uso de las armas, registra la autora. Estado, poder y violencia se conjugan para marcar el derrotero de la política mundial. Siguiendo esta lógica, la eficacia del armamentismo neoliberal no radica sólo en los instrumentos bélicos, sino también en el uso de tecnología de punta necesaria para mantener el control del mundo como mercado abierto para las multinacionales y los grupos financieros, es decir, para el flujo sin restricciones del capital. Así, observamos que los denominados Estados fallidos han perdido el monopolio legítimo de la violencia, considerándose Estados en crisis que ameritan “aislamientos fundamentalistas”, “intervenciones humanitarias” y “guerras preventivas” por los Estados poderosos conduciendo a la sociedad a un riesgo global. En ello radica la aportación de la autora sobre el tema, invitando a una concienzuda reflexión que fácilmente podemos enfocar a la violencia desbordada de un país como México.

Asistimos a la fragmentación del Leviatán, figura mítica que aludía a la fusión de voluntades individuales para evitar que el hombre fuera devorado por el hombre. Siglos después del surgimiento del Estado moderno, observamos el predominio del lobo como una entidad que da cuerpo al capital y su lógica depredadora y fetichista sobre las relaciones entre los hombres.

